

Joaquim Maria Machado de Assis



Literatura brasileña. Instinto de nacionalidad*

J. M. Machado de Assis

Aquel que examina la actual literatura brasileña reconoce luego, como primer rasgo, cierto instinto de nacionalidad. La poesía, la novela, todas las formas literarias del pensamiento tratan de vestirse con los colores del país y no se puede negar que semejante preocupación es un síntoma de vitalidad y de bello porvenir. Las tradiciones de Gonçalves Dias, Porto Alegre y Magalhães son, así, continuadas por la generación formada ya y por la que actualmente se levanta, como aquellas continuaron las de José Basílio de Gama y Santa Rita Durão. Escusado es decir la ventaja de este universal acuerdo. Interrogando la vida brasilera y la naturaleza americana, prosadores y poetas encontrarán en ellas abundante manantial de inspiración e irán dando fisonomía propia al pensamiento nacional. Esta otra independencia no tiene Siete de Septiembre ni campo de Ipiranga; no se hará en un día, sino paulatinamente para ser más duradera; no será obra de una generación ni de dos, muchas trabajarán para ella hasta perfeccionarla del todo.

Siéntese aquel instinto hasta en las manifestaciones de la opinión, por otra parte, mal formada todavía, restringida en extremo, poco solicitada todavía, menos apasionada en estas cuestiones de poesía y literatura. Hay en ella un instinto que

* Publicado en la *Revista de Lima*, año I, vol. II, 1 de septiembre de 1873. Transcribimos este ensayo con sus respectivas actualizaciones editoriales y ortográficas. N. E.

incita a aplaudir, principalmente, las obras que delinear los rasgos nacionales. La juventud literaria, sobre todo, hace de este punto una cuestión de legítimo amor propio. Ni toda ella habrá meditado los poemas de «Uraguai» y «Caramuru» con aquella atención que tales obras piden; sin embargo, los nombres de Basílio da Gama y Durão son citados y amados como precursores de la poesía brasileña. La razón es que ellos buscaron alrededor de sí los elementos de una poesía nueva y dieron los primeros perfiles de nuestra fisonomía literaria; mientras que otros, Gonzaga por ejemplo, respirando de otro modo los aires de la patria, no lograron desligarse de los lazos de la Arcadia ni de los preceptos del tiempo. Admírase en ellos el talento, pero no se les perdona el cayado y la pastora, y en esto hay más error que acierto.

Dado el caso de que las condiciones de este escrito lo permitiesen, de ningún modo tomaría sobre mí la defensa del mal gusto de los poetas arcádicos ni el fatal estrago que esa escuela produjo en las literaturas portuguesa y brasileña. No me parece justa, todavía, la censura a nuestros poetas coloniales contaminados de aquel mal ni el no haber trabajado por la independencia literaria cuando la independencia política yacía todavía en el vientre del futuro, y más que todo, cuando, entre la metrópoli y la colonia, la historia engendrara la homogeneidad de las tradiciones, de las costumbres y de la educación. Las mismas obras de Basílio da Gama y Durão quisieron antes ostentar cierto color local a favor del cual hacer independiente a la literatura brasileña, literatura que ni existía todavía, que apenas recién está en su aurora.

Reconocido el instinto de nacionalidad que se manifiesta en las obras de estos últimos tiempos convendría examinar, si pudiésemos, todas las condiciones y motivos históricos de una nacionalidad literaria. Esta investigación —punto de divergencia entre literatos— además de ser superior a mis fuerzas, daría por resultado llevarme más allá de los límites de este escrito. Mi principal objeto es atestiguar el hecho actual. Ahora bien, el hecho es el instinto de que hablé, el general deseo de crear una literatura más independiente.

La aparición de Gonçalves Dias llamó la atención de las musas brasileñas hacia la historia de las costumbres indianas. «Os timbiras», «I-Juca-Pirama», «Tabira» y otros poemas del egregio poeta encendieron las imaginaciones. La vida de las tribus, vencidas hace mucho por la civilización, fue estudiada en las memorias que nos dejaron los cronistas e investigada por los poetas, todos sacaron de ella alguna cosa, cual un idilio, cual un canto épico.

Hubo después una especie de reacción. Entró a prevalecer la opinión de que no había poesía en las costumbres semibárbaras anteriores a nuestra civilización, lo que era verdad, y no faltó el concepto de que nada había de poesía en la existencia de la raza extinguida, tan diferente a la raza triunfante, lo que parece un error.

Es cierto que la civilización brasileña no está ligada al elemento indiano ni recibió de él influjo alguno, y esto basta para no ir a buscar entre las tribus vencidas los títulos de nuestra personalidad literaria. Mas si esto es verdad, no es menos cierto que todo es materia de poesía una vez que tenga las condiciones de lo bello o los elementos de los que lo bello se compone. Los que, como el señor Varnhagen, niegan todo a los primeros pueblos de este país pueden, lógicamente, excluirlos de la poesía contemporánea. Paréceme, sin embargo, que, después de las memorias que a este respecto escribieron los señores Magalhães y Gonçalves Dias, no es lícito eliminar el elemento indiano de nuestra aplicación intelectual. Error sería constituirlo patrimonio exclusivo de la literatura brasileña; error igual será ciertamente su absoluta exclusión. Las tribus indígenas, cuyos usos y costumbres comparaba João Francisco Lisboa con el libro de Tácito y las encontraba tan semejantes a las de los antiguos germanos, desaparecieron, es cierto, de la región que por tanto tiempo fuera suya; pero la raza investigadora que las frecuentó recogió informaciones preciosas y nos las transmitió como verdaderos elementos poéticos. La lástima, a falta de otros argumentos de mayor valía, debiera a lo menos inclinar la imaginación de los poetas hacia los pueblos que primero respiraron los aires de estas regiones, asociando en la literatura a aquellos que la fatalidad de la historia divorció.

Esta es hoy la opinión triunfante. Ya en nuestras costumbres puramente indianas, tal como las vemos en «Os timbiras», de Gonçalves Dias, ya en la lucha del elemento bárbaro con el civilizado, la imaginación literaria de nuestro tiempo ha ido a buscar algunos cuadros de singular efecto, de los que citaré, por ejemplo, *Iracema*, del señor José de Alencar, una de las primeras obras de este fecundo y brillante escritor.

Comprendiendo que no está en la vida indiana todo el patrimonio de la literatura brasileña, sino apenas un legado, tan brasileño como universal, no se limitan nuestros escritores a esa sola fuente de inspiración. Las costumbres civilizadas, sean del tiempo colonial o de hoy, ofrecieron igualmente a la imaginación buena y larga materia de estudio. No menos que ellas los convida la naturaleza americana, cuya magnificencia y esplendor desafían a poetas y prosadores. La novela, sobre todo, se

apoderó de todos esos elementos de intervención a los que debemos, entre nosotros, los libros de los señores Bernardo Guimarães, que brillante e ingenuamente nos pinta las costumbres del país en que nació, José de Alencar, Macedo, Sílvio Dinarte (Escragnolle Taunay), Francklin Távora y otros.

Debo añadir que en este punto se manifiesta, a veces, una opinión que tengo por errónea: es la que solamente reconoce espíritu nacional en las obras que tratan asuntos locales, doctrina que, a ser exacta, limitará mucho las riquezas de nuestra literatura. Gonçalves Dias, por ejemplo, con poesías propias, sería admitido en el panteón nacional. Si exceptuamos «Os Timbiras», los demás poemas americanos y cierto número de composiciones, sus versos pertenece, por el asunto, a toda la humanidad, cuyas aspiraciones, entusiasmo, flaquezas y dolores generalmente cantan y excluyo de esto las bellas *Sextilhas de frei Antão*, que pertenecen únicamente a la literatura portuguesa, no solamente por el asunto que el poeta tomó de los historiadores lusitanos, sino por el estilo que él hábilmente ha anticuado. Lo mismo sucede con sus dramas, ninguno de los cuales tiene por teatro el Brasil. Muy lejos iría si tuviese que citar otros ejemplos *domésticos* y no acabaría si fuese necesario recurrir a los extraños. Mas, ya que esto va a ser impreso en tierra americana, preguntaré si el autor de *Song of Hliayatha* no es el mismo autor de *Golden Legend*, que nada tiene de común con la tierra que lo vio nacer, y cuyo admirable cantor es. Y preguntaré todavía si *Hamlet*, *Othello*, *Julio César*, *Romeo y Julieta* tienen alguna cosa de común con la historia inglesa o con el territorio británico, y si, entre tanto, no es Shakespeare, además de un genio universal, un poeta esencialmente inglés.

No hay duda de que una literatura, sobre todo una literatura naciente, debe alimentarse principalmente de los asuntos que le ofrece su país; pero no establezcamos doctrinas tan absolutas que la empobrezcan. Lo que del escritor debe exigirse, antes de todo, es cierto sentimiento íntimo que lo haga hombre de su tiempo y de su país, aunque trate de asuntos remotos en el tiempo y en el espacio. Un notable crítico francés, al analizar tiempo atrás a un escritor escocés, Masson, decía con mucho acierto que del mismo modo que se podía ser británico sin hablar siempre del hogar, así Masson era buen escocés sin decir palabra del cardo, y explicaba la expresión añadiendo que en él había un *scotticismo* interior diverso y mejor del que pudiera ser superficial apenas.

Estos y otros puntos cumplía a la crítica establecerlos, si tuviésemos una crítica doctrinaria, amplia, elevada, correspondiente a lo que ella es en otros países.

No la tenemos. Hay y ha habido escritores que tal nombre merecen, pero raros, de tarde en tarde, sin la influencia cotidiana y profunda que debieran ejercer. La falta de una crítica tal es uno de los mayores males de que nuestra literatura padece: es menester que el análisis corrija o anime la inventiva, que los puntos de doctrina y de historia se investiguen, que las bellezas se estudien, que lo brillante se señale, que el gusto se purifique y eduque para que la literatura sea más fuerte y abundante y se desenvuelva y camine a los altos destinos que la esperan.

LA NOVELA

De todas las diferentes formas, las más cultivadas actualmente en el Brasil son la novela y la poesía lírica; la más apreciada es la novela, como acontece en todas partes, según creo yo. Son fáciles de conocer las causas de esta preferencia de la opinión y, por ello, no me demoro en apuntarlas. No se hacen aquí —hablo genéricamente— libros de filosofía, de lingüística, de crítica histórica, de alta política y otros así, que en otros países encuentran fácil acogida y buen expendio; raras son aquí esas obras y escaso su mercado. Puede decirse que la novela domina casi exclusivamente. No hay en esto motivo de admiración ni de censura tratándose de un país que apenas entra en la adolescencia, y no muy nutrida por sólidos estudios. Esto no hace desmerecer la novela, obra de arte como cualquier otra y que exige del escritor cualidades de mucha nota.

Aquí la novela, como tuve ocasión de decirlo, busca siempre el color local. La sustancia, no menos que los accesorios, reproducen generalmente la vida brasileña en sus diferentes aspectos y situaciones. Naturalmente, las costumbres del interior son las que mejor conservan la tradición nacional: las de la capital del país y, en parte, las de algunas ciudades mucho más apegadas a la influencia europea, tienen ya una forma mixta y rasgos diferentes. Por otra parte, penetrando en el tiempo colonial, vamos a encontrar una sociedad diferente, y entre los libros que tratan de ella hay algunos de mérito real.

No faltan a algunos de nuestros novelistas cualidades de observación y de análisis, y el extranjero no familiarizado con nuestras costumbres encontrará abundantes páginas instructivas. De la novela puramente de análisis tenemos un rarísimo ejemplar, ya sea porque nuestra índole no nos llame a ello o porque esta clase de obras son incompatibles todavía con nuestra adolescencia literaria.

La novela brasileña se recomienda especialmente por los toques del sentimiento, cuadros de naturaleza y de costumbres, y cierta viveza de estilo muy adecuada al espíritu de nuestro pueblo. Hay en verdad ocasiones en las que estas cualidades parecen salir de su natural medida; pero se conservan dentro de las reglas y de los límites de la censura y dan resultados muy interesantes, muchas realmente bellas. El espectáculo de la naturaleza, cuando el asunto lo pide, ocupa un notable lugar en la novela y da páginas animadas y pintorescas que no cito por no apartarme del objeto exclusivo de este escrito, que es indicar las bellezas y los defectos del conjunto sin detenerme en pormenores. Hay bellas páginas, como digo, y creo también que un gran amor a este recurso de descripción, excelente sin duda, pero, como dicen los maestros, de mediano efecto si no adornan al efecto otras cualidades esenciales.

En lo que respecta al análisis de las pasiones y caracteres son mucho menos comunes los ejemplos que pueden satisfacer a la crítica; algunos hay, sin embargo, de incontestable mérito. Esta es, en verdad, una de las partes más difíciles de la novela y, al mismo tiempo, de las más superiores. Naturalmente exige de parte del escritor dotes no vulgares de observación, las que, ni aun en las literaturas más adelantadas, no andan alrededor ni son cosecha del mayor número.

Las tendencias morales de la novela brasileña son, generalmente, buenas. Tampoco todas ellas serán de principio a fin irreprehensibles; algo habrá que una crítica austera pueda señalar y corregir. Mas el conjunto general es bueno. Los libros de cierta escuela francesa, aunque muy leídos entre nosotros, no contaminaron la literatura brasileña ni esta tuvo tendencias a aceptar sus doctrinas, lo que ya es un notable mérito. Las obras de las que hablo fueron aquí bienvenidas y festejadas como huéspedes; pero no se aliaron a la familia ni tomaron el gobierno de la casa. Los nombres que principalmente seducen a nuestra juventud son los del período romántico; los escritores que se buscan para hacer comparaciones con los nuestros, porque hay aquí mucho amor a estas comparaciones, son, además, aquellos con quienes nuestro espíritu se educó, los Víctor Hugos, los Gautiers, los Mussets, los Gozlags, los Nervals.

Exenta por esta parte, la novela brasileña no lo está menos de las tendencias políticas ni, en términos generales, de todas las cuestiones sociales, lo que no digo para elogiar ni tampoco para censurar, sino para establecer el hecho. Esta clase de obras se conserva aquí en el puro dominio de la imaginación, desinteresada por los problemas del día y del siglo, ajena a las crisis sociales y filosóficas. Los principales elementos son, como expuse, la pintura de las costumbres, la lucha de las pasiones,

los cuadros de la naturaleza, rara vez estudio de los sentimientos y de los caracteres. Como estos elementos, que son fecundísimos, poseemos ya una galería numerosa y, bajo muchos respectos, notable.

En el género de cuentos a la manera de Henry Murger, de Trueba o de Charles Dickens, que tan diversos son entre sí, ha habido tentativas más o menos felices; sin embargo, raras, debiendo citarse, entre otros, el nombre del señor Luís Guimarães Junior, igualmente folletinista elegante y jovial. Es género difícil a pesar de su aparente facilidad y creo que esa misma apariencia le hace mal, alejándose de él los escritores o, pienso yo, no prestándole el público toda aquella atención a la que es acreedor.

En resumen, la novela, forma extremadamente apreciada y cultivada ya con alguna atención, es uno de los títulos de la presente generación literaria. No todos los libros, repito, dejan de prestarse a una crítica minuciosa y severa, y si la tuviésemos en condiciones regulares, creo que los defectos se corregirían y las bellas cualidades adquirirían mayor realce. Hay viva imaginación, instinto de lo bello, ingenua admiración de la naturaleza, amor a las cosas patrias y, además de todo esto, agudeza y observación. Bella y fecunda tierra; ha dado ya frutos excelentes y en mucho mayor escala los dará todavía.

LA POESÍA

La acción de la crítica sería, sobre todo, eficaz en relación con la poesía. De los poetas que aparecieron en el decenio desde 1850 hasta 1860, llévase la muerte unos todavía en la flor de los años, como Álvares de Azevedo, Junqueira Freire, Casimiro de Abreu, cuyos nombres excitan en nuestra juventud legítimo y sincero entusiasmo, y así otros de no menos nombradía. Los que sobrevivieron dejaron las liras, y si unos dirigieron su atención a otro género literario, como Bernardo Guimarães, otros viven de los lauros recogidos, si es que no preparan otros de mayor entidad, como se dice de Varela, pues ya pertenece al decenio de 1860 a 1870. En este último tiempo, otras vocaciones aparecen, y numerosas; basta citar un Crespo, un Serra, un Trajano, un Gentil-Homem de Almeida Braga, un Castro Alves, un Luís Guimarães, un Rosendo Moniz, un Carlos Ferreira, un Lúcio de Mendonça y tantos más para demostrar que la poesía contemporánea puede ser mucho. Y si alguno de estos, como Castro Alves, pertenece a la eternidad, sus versos pueden servir y sirven de incentivo a las inspiraciones nacientes.

Con respecto a mi opinión sobre la actual poesía, me atengo solamente a los poemas de recientísima data, mejor diré, a una escuela ahora dominante, cuyos defectos me parecen graves, cuyas dotes son valiosas y que podrán dar mucho de sí, en el caso de adoptar la necesaria enmienda.

No falta a nuestra actual poesía fuego ni estro. Los versos publicados son ardientes y llevan el sello de la inspiración. No insisto en el color local; como antes dije, todas las formas lo revelan con más o menos brillante resultado, y me basta citar en este caso otras dos obras recientes, *Miniaturas*, de Gonçalves Crespo, y *Quadros*, de J. Serra, versos llenos de defectos que voy a señalar. Añadiré que tampoco falta a la actual poesía el sentimiento de la armonía exterior. ¿Qué necesita entonces? ¿En qué peca la generación naciente? Fáltale un poco más de corrección y de gusto; peca por la intrepidez de expresión, a veces, por la impropiedad de las imágenes, por la oscuridad del pensamiento. La imaginación (quien seriamente la tiene) no pocas veces se desvía y se pierde, llegando a la oscuridad y a la hipérbole cuando vislumbraba apenas la novedad y la grandeza. Esto en la alta poesía lírica, en la oda, diría yo, si aún subsistiese la antigua poética. Encuéntrase los mismos defectos en la poesía íntima y elegíaca, y también un amaneramiento en el decir y en el sentir, lo que muestra que en la poesía contemporánea hay una grave dolencia que es fuerza combatir.

Bien sé que las escenas majestuosas de la naturaleza americana exigen del poeta imágenes y expresiones adecuadas. El cóndor que remonta los andes; el pampero que arrasa los campos del Sur; los grandes ríos, la selva virgen con todas las magnificencias de la vegetación, no hay duda de que son cuadros que desafían al estro; pero por esto mismo, por su grandeza, deben ser trazados con oportunidad y expresados con sencillez. Ambas condiciones faltan a la poesía contemporánea y no es que escaseen modelos; ahí están, para solo citar tres nombres, los versos de Bernardo Guimarães, Varela y Álvares de Azevedo. Un solo ejemplo bastará para demostrar que la oportunidad y la sencillez son suficientes para reproducir una gran imagen o expresar una gran idea. En «Os timbiras» hay un pasaje en que el viejo Ogib reprende a su hijo porque se aleja de los demás guerreros y vive solo. El discurso del anciano comienza con estos primorosos versos:

São torpes os anuns, que em bandos folgam,
São maus os caititus que em varas pascem:

Somente o sabiá geme sozinho,
E sozinho o condor aos céus remonta.

Nada más oportuno ni más sencillo que esto. La escuela a la que alude no expresaría la idea con tan sencillos medios, y haría mal, porque lo sublime es sencillo. Se desearía que ella estudiase y meditase largamente estos y otros modelos que le ofrece la literatura. Ciertamente, como dije, no le falta imaginación; pero esta tiene sus reglas, el estro, leyes, y si hay casos en que ellos quebrantan las leyes y las reglas es porque las hacen nuevas y porque se llaman Shakespeare, Dante, Goethe, Camões.

He trazado rasgos generales. Hay algunos defectos peculiares a algunos libros, como, por ejemplo, las antítesis, creo que a imitación de Victor Hugo. Ni por eso encuentro menos condenable el abuso de una figura que si en manos del gran poeta produce grandes efectos, no puede constituir objeto de imitación ni, sobre todo, elemento de escuela.

Hay también una gran parte de la poesía que, justamente preocupada con el colorido local, cae muchas veces en una funesta ilusión. Un poeta es ahora nacional solo porque inserta en sus versos muchos nombres de flores o aves del país, lo que puede ser una nacionalidad de vocabulario y nada más. Se aprecia el colorido local, pero es preciso que la imaginación le dé sus toques y que estos sean naturales, y no rebuscados, traídos por la fuerza. Los defectos que en resumen señalo no los tengo por incorregibles; la crítica los enmendaría; a falta de esto, el tiempo se encargará de dictar a la inspiración las mejores leyes. Con las buenas cualidades que cada uno puede reconocer en la reciente escuela de la que hablo, basta la acción del tiempo, y si entre tanto apareciese una gran inspiración poética que se hiciese reformadora, es fuera de duda que los buenos talentos entrarían en mejor camino y la poesía nacional abandonaría las tradiciones del período romántico.

EL TEATRO

Esta parte puede reducirse a una línea de reticencia. No hay actualmente teatro brasileño; ninguna pieza nacional se escribe, rarísima pieza nacional se representa. Las escenas teatrales de este país vivieron siempre de traducciones, lo que no quiere decir que no admitiesen alguna obra nacional cuando aparecía. Hoy que el gusto

público toca el último grado de la decadencia y de la perversión, ninguna esperanza tendría quien se sintiese con vocación para escribir obras severas de arte. ¿Quién las recibiría si lo que domina es el canto burlesco u obsceno, el cancán, la magia aparatosa, todo lo que habla a los sentidos y a los instintos animales?

Y todavía, para continuar el teatro, tendrían las vocaciones nuevas algunos ejemplos, no remotos, que las habían de animar mucho. No hablo de las comedias de Pena, talento sincero y original a quien solo faltó vivir más para perfeccionarse y emprender obras de mayor monta, ni tampoco de las tragedias de Malgalhães ni de los dramas de Gonçalves Dias, Porto Alegre y Agrário. Más recientemente, en estos últimos doce a catorce años, hubo tal o cual movimiento. Aparecieron entonces los dramas y comedias del señor J. de Alencar, que ocupó el primer lugar en nuestra escuela realista, y cuyas obras *Demônio familiar* y *Mãe* son de notable mérito. Luego, en seguida, aparecieron varias composiciones dignas del aplauso que tuvieron, tales como los dramas de los señores Pinheiro Guimarães, Quintino Bocaiúva y alguno más; pero nada de esto fue adelante. Los autores se fastidieron pronto de la escena, que, poco a poco, fue decayendo hasta llegar a lo que tenemos hoy, que no es nada.

Sin embargo, la provincia no fue del todo invadida por los espectáculos de feria; todavía se representa el drama y la comedia, pero no aparece, que me conste, ninguna obra nueva ni original. Con estas pocas líneas queda terminado este punto.

EL IDIOMA

Entre los muchos méritos de nuestros libros no siempre figura el de la pureza del lenguaje. No es raro ver intercalados en buen estilo los solecismos del lenguaje común, defecto grave al que se une el de la excesiva influencia de la lengua francesa. Este punto es objeto de divergencia entre muchos escritores. Divergencia porque si algunos caen en aquellos defectos por ignorancia o por pereza, otros hay que los adoptan por principio, o más bien, por una exageración del principio.

No hay duda de que las lenguas se aumentan y alteran con el tiempo y las necesidades de los usos y costumbres. Querer que la nuestra se detenga en el siglo XV es un error igual al de afirmar que su trasplatación en América no le dio nuevas riquezas. A este respecto, la influencia del pueblo es decisiva. Hay, sin embargo, ciertos modos de decir, locuciones nuevas que, por fuerza, entran en el dominio del estilo y ganan el derecho de ciudadanía.

Pero si esto es un hecho incontestable, y si es verdadero el principio que de él se deduce, no me parece aceptable la opinión que admite todas las alteraciones del lenguaje, ni menos aquellas que destruyen las leyes de la sintaxis y la esencial pureza del idioma.

La influencia popular tiene un límite, y el escritor no está obligado a recibir y dar curso a todo lo que el abuso, el capricho y la moda inventan y hacen circular. Por el contrario, ejerce también una gran parte de influencia a este respecto, depurando el lenguaje del pueblo y perfeccionando la razón.

Hechas las excepciones debidas, no se leen mucho los clásicos en el Brasil. Entre las excepciones podría citar algunos escritores cuya opinión es diferente de la mía en este punto, pero que conocen perfectamente los clásicos. En general, sin embargo, no se leen, lo que es un mal. Escribir como Azurara o Fernão Mendes sería hoy un anacronismo insoportable. Cada tiempo tiene su estilo. Pero estudiar en ellos las formas más difíciles del lenguaje, desentrañar de ellos mil riquezas que a fuerza de viejas se hacen nuevas, no me parece que se deba despreciar. No todo lo tenían los antiguos ni todo lo tenemos los modernos; con los haberes de unos y otros es como se enriquece el peculio común.

También quisiera persuadir a la juventud de que la precipitación no garantiza mucha vida a sus escritos, hay un prurito de escribir mucho y de prisa; obtiéndose gloria con esto y no puedo negar que es un camino de aplausos. Hay intención de igualar las creaciones del espíritu con las de la materia, como si ellas no fuesen, en este caso, inconciliables. Hoy el hombre da la vuelta al mundo en ochenta días; para una obra maestra del espíritu son necesarios algunos más.

Aquí termino esta revista. Viva imaginación, delicadeza y fuerza de sentimiento, gracias de estilo, dotes de observación y análisis, ausencia de gusto unas veces, carencia de reflexión y de reposo otras, lenguaje no siempre puro, ni siempre abundante, mucho colorido local, he aquí en globo los defectos y las excelencias de la actual literatura brasileña, que ha producido bastante y tiene un cierto porvenir. ■